

EL GUZMÁN DE ALFARACHE: PRÓLOGO, NARRATOLOGÍA Y CONFESIONES DE MATEO ALEMÁN FRENTE A LA INQUISICIÓN

Gabriel Vachon-Poulin
Universidad de Puerto Rico

Resumen

Se examinará el Prólogo plural del primer volumen del Guzmán de Alfarache, de Mateo Alemán, publicado en 1599, dedicado a don Francisco de Rojas, al vulgo y al discreto lector. Para ello nos valdremos de la teoría de Jorge Luis Borges en su estudio Prólogos con un prólogo de prólogos quien propone que el prólogo es una obra sui generis, con identidad propia, que no constituye una mera introducción al texto o una mera convención editorial. Para llevar a cabo este trabajo, haremos lo que he denominado una lectura atenta del Prólogo, enfocando bien nuestro lente de lector, con miras a descubrir las claves secretas del mismo. Para estudiar este prólogo, examinaremos el contexto inquisitorial de la época, las circunstancias del autor y su relación con el público, para poder obtener así los mensajes ocultos del texto. Nuestra propuesta es que los prólogos de Mateo Alemán constituyen una confesión que —a través de una lectura atenta— podremos descodificar.

Palabras claves: *Prólogo, Guzmán de Alfarache, Inquisición española, Censura, Lector ideal*

Abstract

The subject of this short essay will be the multiple prologue of the Guzmán de Alfarache I (1599) by Mateo Alemán, dedicated to don Francisco de Rojas, to the vulgo and to the author's discreto lector (discreet reader). We will use the theory of Jorge Luis Borges, which can be found in his book Prólogos con prólogo de prólogos, about the prologue as an entity, a sui generis work of art that does no limit itself to a simple introduction or an editorial convention. To perform this work, we will do what I called a close-reading of the prologue, making sure to adjust our reader's lens to gain access to the secrets of this text. To do that, we will study the inquisitorial context of the time, the circumstances of the author and his relation with his public in order to access the hidden messages of the text. Our proposal is that the multiple prologues constitute a confession that—with the help of the close-reading – we may be able to decode.

Il n'y a pas de science du discours considéré en lui-même et pour lui-même; les propriétés formelles des œuvres ne livrent leur sens que si on les rapporte d'une part aux conditions sociales de leur production— c'est-à-dire aux positions qu'occupent leurs auteurs dans le champ de production— et d'autre part au marché pour lequel elles ont été produites.

Bourdieu 165

Pierre Bourdieu, gran especialista de la comunicación, plantea una problemática fundamental: a la hora de estudiar un discurso hay que tener en cuenta la relación que existe entre el texto, el autor y su público, para que se destaque la esencia del mismo. Se debe tener en cuenta cuál es el lector ideal y, por lo tanto, hay que seleccionar con cuidado qué se quiere decir, e igualmente, qué debe callar. Además tenemos que tener en consideración el entorno social en el que se forja el texto, así como la realidad histórica en la que vive el lector. Estos planteamientos de Bourdieu son ciertos, especialmente en los tiempos de censura y represión en los que escribió Mateo Alemán, en aquella España inquisitorial de finales del siglo XVI y principios del XVII. Veamos cómo lo ha expresado Ryan Prendergast: "During the sixteenth and seventeenth centuries in Spain, both individuals and texts were subjects to scrutiny by secular and religious authorities, thus infusing society with the air of surveillance and the necessity to conform" (65).

Considerando el estudio de Bourdieu, estudiaremos el prólogo del primer volumen de la novela picaresca de Mateo Alemán, publicada en 1599, titulada el *Guzmán de Alfarache*. Mateo Alemán fue un judeoconverso, por lo tanto, fue una de esas voces marginadas y vigiladas de aquella España inquisitorial del Siglo de Oro. El relato es al estilo del *Lazarillo de Tormes*, novela que inaugura el género picaresco en 1554, y está protagonizado por un pícaro que narra su vida desde su condición de galeote convertido en las galeras. Toda la literatura del Siglo de Oro fue escrita bajo la censura inquisitorial, como lo ha dicho Luce López Baralt en su libro *Huellas del Islam en la literatura española*. Por tal razón, para leer bien esta literatura censurada o autocensurada en unos casos, clandestina y marginada en otros, escrita en unos tiempos tan difíciles como lo fueron los de la Inquisición española, hay que aprender a leer entre líneas, como lo ha dicho Ryan Prendergast:

To gauge how literary texts confronted the repressive forces at work in this environment, it is often necessary to "read be-

tween the lines” or “against the grain” to better comprehend the ramifications of the Inquisition’s practices and the Crown’s legislative initiative (2).

Es decir, tenemos que convertirnos en unos lectores avisados, lectores que contextualicemos los textos dentro de la realidad histórica de España. Para leer estos textos del Siglo de Oro español, el lector tiene que llevar a cabo esta lectura como si el texto literario fuese “un tejido de tres hilos, sin que quepa excluir ninguno de ellos” (Castro 66). Con esto pretendo decir que hay que leer o escuchar dichas obras como las habrían leído o escuchado muchos de los lectores u oyentes de aquellos tiempos, quienes, de seguro, tendrían más referencias que nosotros o contextos que, debido a la distancia temporal, hemos perdido. Esto nos lleva, como metodología de trabajo, a tener que recurrir a lo que he denominado, ‘enfocar el lente desde el que nos enfrentaremos a estos textos’, en mi caso, al Prólogo del *Guzmán* del volumen I, porque si accedemos al mismo desde nuestra mirada del siglo XXI, solo tendremos una lectura borrosa e inexacta de lo que aquel pícaro marginado y aquel autor fracasado, como le llamara Francisco Márquez Villanueva, de forma velada y con cautela nos habrían querido decir.

Para poder llevar a cabo este trabajo contextualizaremos brevemente cómo era aquella España inquisitorial en la que escribió Mateo Alemán, y atendiendo ese contexto llevaremos a cabo una lectura atenta del Prólogo plural del *Guzmán de Alfarache* I. Debo destacar que el *Guzmán*, luego del *Lazarillo*, es la novela picaresca más importante, y frente al *Lazarillo*, tiene ciertas innovaciones, destacándose, en primer lugar, que el *Guzmán* tiene autor frente a la anonimidad del *Lazarillo*; es muchísimo más extenso, con muchas digresiones y sermones; y, finalmente, que tiene un Prólogo más extenso el cual denomino plural, frente al prólogo único y breve del *Lazarillo*. De este prólogo plural nos ocuparemos en este trabajo, proponiendo como hipótesis que este prólogo, si lo leemos enfocando el lente para no ver borroso, se podría leer como la manera que tiene Mateo Alemán de confesarse y defenderse frente a la Inquisición.

El hecho de que Mateo Alemán fuera judeoconverso tuvo que haber incidido en la producción de su obra. Nace en Sevilla, en una época marcada por el rechazo de lo intelectual como sinónimo de herejía. Hay que especificar que el saber se vinculaba con la cultura judía: de ahí el caso famoso del Quijote, asociado también a lo judío, entre otras razones,

porque enloqueció de tanto leer. Márquez Villanueva, sevillano como Alemán, ha dicho sobre nuestro autor lo siguiente:

Mateo Alemán, por lo demás, es en 1599 un integral fracasado. Se le ha impedido graduarse de médico en Alcalá de Henares, lo mismo que tampoco lo ha hecho en Leyes en Sevilla. No ha cuajado su proyecto de pasar en 1582 al Perú con esclavos y mercaderías (47).

En ese sentido, podemos decir que la vida de Mateo Alemán es la historia de un fracasado. Es en esta realidad que nos llega el *Guzmán de Alfarache*. En términos socio-culturales, la España de Alemán es una llena de terror. Como ha dicho Bartolomé Bennassar, lo que prevalecía entre todos los miembros de las minorías moriscas o judeoconversas, e inclusive entre los cristianos, es lo que él ha denominado muy bien, la “pedagogía del miedo”. Así también lo dice el *Manual de los Inquisidores* de Nicolás Eymerich al cual se refiere Bennassar para respaldar su argumentación: “Hay que recordar que la finalidad esencial del proceso [inquisitorial] y de la condena a muerte no es salvar el alma del reo, sino promover el bien público y *aterrorizar al pueblo*” (citado en Bennassar 175). Este terror se debió a que la Inquisición fue mala con todos: con los cristianos y con los conversos de judío o del Islam. Y este temor no era exclusivo frente a los que tenían el poder, ya sean de la nobleza cristiana o del poder eclesiástico, sino también, miedo a los vecinos, a los amigos, a los familiares, entre otros. La vigilancia y las delaciones venían, como sabemos, de todos lados.

Antes de comenzar con el análisis del prólogo del *Guzmán I*, hay que hacer un paréntesis en torno al género del Prólogo, que es la única parte de la novela que examinaremos. Borges, extraordinario escritor, y quizá por ello, formidable teórico, en su estudio, *Prólogo de prólogos en prólogo* plantea que el preámbulo es el espacio en el que el autor lleva a cabo una reflexión post-escritura y pre-publicación de su texto literario. De ahí la importancia de los prólogos de Mateo Alemán para entender su extensa obra, ya que el mismo no puede ser considerado una mera introducción literaria o un mero convencionalismo editorial, sino que constituye una obra *sui generis*, como también ha dicho Jacques Derrida, en su estudio titulado *La dissemination*. En este sentido, este prólogo plural es un instrumento particular del que dispone Alemán para jugar con

su público y hablarle usando la entrelínea. Por tal razón, les invito enfocar bien el lente para examinar o mirar el texto del siglo XVII con el contexto de un lector de aquella época. Hay que despojarnos de la mirada contemporánea y adoptar la mirada de un conciudadano de Mateo Alemán. George A. Shipley en su ensayo “Otras cosillas que no digo”, nos da la clave para llevar a cabo una lectura exitosa de nuestro prólogo plural a través del comentario que hace sobre la manera atenta con la que había que escuchar al *Lazarillo de Tormes*:

Attending at Lázaro's words at the rate of talk in the market, at the stable, in the back pews, at the river park, in a circle of gamblers, we hear him speak of things that are usual and intended in those places, less usual and unattended in Literature (65).

Como se desprende de la cita anterior, de la misma forma con la que hay que escuchar los matices de la voz del Lazarillo en todos esos lugares, así mismo hay que escuchar las voces y los silencios del Guzmán en la novela que ocupa nuestra atención. Es necesario, entonces, atender al mensaje que transmite Alemán en sus prólogos del *Guzmán I* como parte de un diálogo con tres públicos distintos de la vida común y cotidiana en la España represiva del Siglo de Oro: con Francisco de Rojas, como dice el primer prólogo; con el vulgo, como dice el segundo prólogo; y con el discreto lector, como indica el último de los prólogos.

En aquel ambiente de miedo, en el primer prólogo Alemán se dirige: “A Don Francisco de Rojas/ Marqués de Poza, señor de la casa de Monzón, presidente de consejo de hacienda del Rey nuestro señor y tribunales della” (Alemán 106). Como lectores contemporáneos, poco importa si existió o no ese Francisco de Rojas. Su importancia reside en el papel que Alemán le atribuye en su juego prologal y con qué lente lo habrían leído los lectores de la época. Veamos qué más nos dice Alemán: “fue necesario valerme de la protección de Vuestra Señoría, en quien con tanto resplandor se manifiestan las tres partes: virtud, sangre y poder, de que se compone la verdadera nobleza” (106). De Rojas, por lo tanto, simboliza la llave que utiliza Alemán para que su texto, el *Guzmán de Alfarache*, sea aceptado por el tribunal inquisitorial. Como sabemos, los nobles o los ricos tuvieron una importancia significativa en esos tiempos difíciles para unos, mas no así para otros. Veamos lo que dice el historiador Virgilio Pinto Crespo,

Aparecen, asimismo, personas vinculadas a las instituciones del estado, como el gobernador de Oviedo, o los diputados del principio catalán, o aquel notario de S. Sebastián que envía a los inquisidores de Logroño el libro titulado *Relaciones de Antonio Pérez* (35).

La misma importancia y poder que podía tener un gobernador o un diputado, la podía tener un arzobispo o un miembro acomodado de la familia Coronel, como ha documentado Agustín Redondo, quien a pesar de ser judeoconverso, gracias al dinero, pudo “comprar” su documentación de hidalguía. Veamos lo que dice Redondo sobre el apellido Coronel:

En realidad, el apellido Coronel era el de una importante familia segoviana conversa, ya que descendía del poderoso judío Abraham Senior. [...] Los Reyes Católicos para recompensarle por los servicios que les había prestado, le concedieron una ejecutoría de hidalguía y un regimiento en Segovia. (700)

Ahora, para ver cómo funciona este lente de lector avisado, que todo estudiante del Siglo de Oro español tiene que aprender a desarrollar, veamos de qué pide amparo Alemán a de Rojas para su obra. Según Alemán:

De las cosas que suelen causar más temor a los hombres, no sé cuál sea mayor o pueda compararse con una mala intención; y con mayores veras, cuanto más estuviese arraigada en los de oscura sangre, nacimiento humilde y bajos pensamientos, porque suele ser en los tales más eficaz y menos corregida (106).

A través de esta cita del Prólogo I, se puede notar el ambiente de temor característico del entorno social en el que vivió Mateo Alemán. Pero, ¿con qué compara ese miedo? Estos temores, según Alemán: “Son cazadores los unos y los otros que, cubiertos de la enramada, están en acecho de nuestra perdición; y, aún después de la herida hecha, no se nos descubre de donde salió el daño” (106). Si leemos esa cita sin enfocar el lente sociocultural que contextualiza la realidad histórica de la España de Mateo Alemán, solo entenderíamos una escena de caza. Solo veríamos unos cazadores que preparan una emboscada, y encubiertos por una

enramada, o sea, unos arbustos, no se puede descubrir de dónde proviene la herida hecha. En cambio, una lectura con el lente adecuado nos permitiría acceder a una más profunda. Por lo tanto, habría que hacer como George A. Shipley nos ha sugerido: leer el texto como si se fuese un lector de esa época, cuya experiencia, lo ha equipado para entender la mayor parte de las referencias. Solo de esa manera se podría entender bien el texto. Con este nuevo lente intentaremos contestar lo que nos habrá querido decir Alemán cuando escribe en su prólogo que el temor está arraigado en “los de oscura sangre, nacimiento humilde y bajos pensamientos”. Intentaré, pues, encontrar sus señas de identidad.

Una primera posibilidad es considerar que los de oscura sangre, nacimiento humilde y bajos pensamientos, sean el vulgo, grupo al que Mateo Alemán le dedica el Prólogo II. En términos generales, el vulgo era la persona común, de baja condición social. Es importante notar que Alemán, en el Prólogo I, ha dicho que el temor del que hablaba estaba arraigado en un personaje de oscura sangre, que se siente acechado por algo o por alguien que se encubre en una enramada, es decir, ¿en un árbol?, y aunque lo hieran, no puede descubrir de dónde viene el daño. Además, el de oscura sangre es descrito también como “humilde” y “bajo”, relacionándolo con la clase baja.

Repensando las palabras de Bartolomé Benassar y lo que nos dice Henry Kamen en *The Spanish Inquisition* (1965) sobre las denuncias, hay que entender que el ambiente de terror descrito por el primero, causado por la llegada de los inquisidores en una de las vecindades españolas, obligaba obviamente a nuestro vulgo a adoptar la “iniciativa” de la denuncia para poder lograr la salvación propia. La denuncia, como nos dice Kamen, era la herramienta más potente del órgano inquisitorial para una represión de los que juzgaba herejes. Irónicamente, estos se hallaban de igual modo en esta clase denunciadora; hecho que nos deja entender la carta que dedica Mateo Alemán al vulgo. Así, pues, interpretar a los de oscura sangre como los “vulgos”, constituiría la lectura más simple a la que pudiéramos recurrir.

Sin embargo, si leemos con ojo avizor el segundo proemio dirigido precisamente al vulgo, podemos descubrir dos posibles lecturas. Citemos primero el fragmento correspondiente. Dice Alemán:

No es nuevo para mí, aunque lo sea para ti, oh enemigo vulgo,
los muchos malos enemigos que tienes, lo poco que vales y

sabes, cuán mordaz, envidioso y avariento eres; qué presto en disfamar, qué tardo en honrar, qué cierto a los daños, qué incierto en los bienes, qué fácil en moverte, qué difícil en corregirte? ¿Cuál fortaleza de diamante no rompen tus agudos dientes? ¿Cuál virtud lo es de tu lengua? ¿Cuál piedad amparan tus obras? (108)

La lectura primaria que salta a la vista es que al referirse al vulgo se refiere a ese ser común que tanto se despreciaba por su ignorancia y volubilidad, como indicó Otis Green. No obstante, por ser un personaje “que cierto a los daños, que incierto en los bienes”, el vulgo no perdía una oportunidad de delatar a su prójimo por temer de ser delatado primero. El vulgo por no delatar a su prójimo se enfrentaba con la posibilidad de verse recriminado en el lugar de quien habría intentado proteger del Santo Oficio. Los castigos que podía recibir eran variados: yendo desde la confiscación de bienes a la discreción del inquisidor (cantidad de dinero, bienes propios, propiedades) hasta la tortura tanto física como mental. Este se vuelve entonces temeroso y temible por el poder arbitrario que tiene sobre el destino de sus vecinos. Sin embargo, cuando seguimos leyendo la descripción de ese vulgo, nos percatamos que este deja de ser por un momento aquel supuesto vulgo común y corriente para convertirse en un ser superior. Veamos la cita:

¿Cuáles defetos cubre tu **capa**? ¿Cuál atriaca miran tus ojos, que como basilisco no emponzoñes? ¿Cuál flor tan cordial entró por tus oídos, que en el enjambre de tu corazón dejases de convertir en veneno? ¿Qué santidad no **calumnias**? ¿Qué inocencia no **persigues**? ¿Qué sencillez no **condenas**? ¿Qué justicia no **confundes**? ¿Qué verdad no **profanas**? ¿En cuál verde prado entraste, que dejases de manchar con tus lujurias? Y si se hubiesen de pintar al vivo las penalidades y trato de un infierno, paréceme que tú solo pudieras verdaderamente ser su retrato? (108)

En esta cita hay muchas palabras que asocian la figura del vulgo con la clase alta del siglo XVII. Primero, la **capa**, que era una vestimenta reservada a la clase alta. Recordemos el episodio de otra novela picaresca, el *Buscón* de Quevedo, cuando Pablos, el pobre pícaro de

origen judío, recibe una paliza cuando lo confunden con don Diego Coronel, precisamente por que tiene puesta su capa.

El vocabulario de superioridad social parece continuar *in crescendo*, sobre todo con los verbos de acción: **calumniar**, **perseguir**, **condenar**, **profanar**; o, por ejemplo, sustantivos como **justicia** o **verdad**, e inclusive la comparación de este vulgo poderoso con un basilisco que envenena. En fin, a mi entender, el personaje del vulgo es más complejo de lo que pueda parecer. Creo que se trata de un vulgo ‘poderoso’, temible por el papel que tiene en la organización inquisitorial, que con su persecución, su veneno y sus condenas causan más temor que el únicamente ‘ignorante’ que se satisface de cumplir con la misión que le encarga el orden inquisitorial: sembrar el germen del terror entre los suyos. Toda esta ambivalencia alrededor del personaje del vulgo se debe básicamente a que su posición en la sociedad es asociada con la limpieza de sangre y el afán de poder característico de los grupos marginados judío converso y morisco converso que velaban a su salvación y ascensión dentro de los márgenes de la misma. Según ellos, esta última se podía lograr de igual modo a través de la denuncia, pero, en muchos casos, causaba su perdición como nos demuestra Kamen. Tenemos entonces aquí a un vulgo de sangre oscura que se encamina hacia las altas esferas de la sociedad; un censor, posible ayudante directo a la censura literaria, puesto social que justifica este temor creciente del autor frente a esta figura, y del cual Alemán confesara haberse liberado a su lector íntimo en un tercer proemio.

Por último, debemos echarle una mirada al prólogo dedicado al discreto lector. Para entender las entrelíneas del tercer prólogo es necesario recordar las palabras de Borges en su estudio sobre los prólogos. Allí Borges habla del lector ideal que necesita cada texto. Siguiendo esta teoría borgiana, Mateo Alemán también tiene un lector ideal: el discreto lector a quien le dedica el tercer prólogo.

En las primeras líneas de este prólogo, antes de hablarle al discreto español, Alemán se confiesa y dice cómo ha tenido que luchar contra fuertes adversarios, situación de la que dice haber salido hecho pedazos. Veamos la cita: “Tal he salido del proemio pasado, imaginando en el barbarismo y número desigual de los ignorantes, a cuya censura me obligué, como el que sale a voluntario destierro y no es en su mano la vuelta” (110). Aquí Alemán confirma que tuvo que someterse a la censura de los ignorantes. Recordemos que en esa época ya la censura previa era obligatoria y, por tal razón, Mateo Alemán tuvo que someter su libro a la

evaluación de los censores inquisitoriales. Para Alemán, estos censores inexpertos y, muchas veces, ignorantes, lo forzaron a censurarse y a escribir su mensaje valiéndose de la autocensura y la entrelínea. Ante este hecho, su confianza residía en ese lector ideal que pudiese descodificar las claves secretas de su mensaje.

Obviamente, esto no quiere decir que Alemán confiaba completamente en el éxito de su empresa, pero como le confiesa a su discreto lector, hermano en el pecado: “Mucho te digo, que deseo decirte y mucho dejé de escribir, que te escribo” (111). Estas palabras del autor escritas en clave *morse* plantean que solo el lector ideal, “equipado” con el lente adecuado para poder ver con claridad los mensajes o claves secretas de la época, es el que podrá tener las herramientas adecuadas para entender el texto. Aquí el autor subraya a su íntimo público que no se debe limitar a leer las palabras de manera superficial o literal, sino que debe leer entre líneas. Esta confianza en el lector ideal ya la había adelantado el anónimo autor del Lazarillo, pero de manera sinuosa. En cambio, Mateo Alemán lo supera aconsejando abiertamente al lector ideal que entienda bien su libro, pero confiando en que la muchedumbre de “ignorantes” no captara ese mensaje en clave, que tanto se ha esforzado en ocultar.

Recapitulemos: Mateo Alemán escribe tres prólogos dirigidos a tres destinatarios distintos por razones diferentes, todo ello como un juego en clave que tenemos que descodificar. El de Francisco de Rojas es, para pedir ayuda debido a su temor; el que dedica al vulgo, a la gente común, es para decirnos, de manera solapada que, aunque estos nos puedan hacer daño ya que en la época inquisitorial, la vigilancia y la represión era entre todos, había otros más poderosos a los que había que temer. El último prólogo, dedicado al discreto lector, es el que Alemán escribe para decirnos sus confidencias. Solo los discretos lectores pueden leer y entender lo que Alemán ha escrito, escribiendo sin decir tantas cosas que quiso haber dicho. A nosotros, como lectores ideales del siglo XXI, nos toca ese trabajo. Por eso consideramos con tanta resonancia las palabras de Alemán, que nos han estimulado para hacer esta lectura: “Mucho te digo, que deseo decirte y mucho dejé de escribir, que te escribo.”

En un ambiente de terror donde este último ocupa los pensamientos más básicos de la vida cotidiana, como nos destaca Bartolomé Benassar, la necesidad de encubrir las intenciones divergentes para evitar las repercusiones se hace primaria. Por esta misma razón hay que actuar con cautela cuando se llega al análisis de una obra como los prólogos del

Guzmán de Alfarache I. Todos los personajes tienen un papel clave en este juego prologal y es nuestro deber como lectores contemporáneos equiparnos de los referentes apropiados para poder captar el mensaje reservado al lector ideal de Mateo Alemán. Estos personajes reaccionan a este ambiente donde el miedo caracteriza el diario vivir de todos: la burguesía tiene función de proteger a los marginados Mateo Alemán gracias a esta protección descredita la figura exponencialmente poderosa del vulgo en su papel de sentenciador y así intima, cuidadosamente, no confiando en el éxito de su empresa, cuenta con quien pueda entender el mensaje de su obra y aprovecharse de este último. Gracias a este exitoso juego, Mateo Alemán inmortaliza la clave secreta para la comunicación de un mensaje dentro de un sistema represivo basado en el miedo: las confesiones íntimas de un ser marginado a las cuales solamente unos elegidos tienen acceso.

OBRAS CITADAS

- Alemán, Mateo. *Guzmán de Alfarache*; ed. de José María Micó. Madrid: Cátedra, 1987.
- Borges, Jorge Luis. *Prólogos con un prólogo de prólogos*. Buenos Aires: Torres Agüero, 1975.
- Benassar Bartolomé. "Modelos de la mentalidad inquisitorial: métodos de su pedagogía del miedo." Ángel Alcalá (ed.) *Inquisición española y mentalidad inquisitorial*. Barcelona: Ariel, 1984. 174-183.
- Bourdieu, Pierre. "Censure et mise en forme" *Ce que parler veut dire: l'économie des échanges linguistiques*. Paris: Fayard, 1982.
- Castro, Américo. *La realidad histórica de España*. 2ª ed. México: Editorial Porrúa, 1962.
- Derrida, Jacques. *La Dissémination*. Paris:Seuil, 1972.
- Green, Otis. "On the Attitude Toward the Vulgo in the Spanish Siglo de Oro." *Studies in the Renaissance* 4 (1957): 190-200.
- Kamen, Henry. *The Spanish Inquisition*. New York & Toronto: A Mentor Book. 1968.
- López-Baralt, Luce. *Huellas del Islam en la literatura española*. De Juan Ruiz a Juan Goytisolo. Madrid: Gredos, 1985.

- Marquez Villanueva, Francisco. "Sevilla y Mateo Alemán." *Atalayas del Guzmán de Alfarache*. Pedro M. Pinero Ramírez (ed). Sevilla: Universidad de Sevilla, 2002. 45-64.
- Pinto Crespo, Virgilio. *Inquisición y control ideológico en la España del siglo XVI*. Madrid: Taurus, 1983.
- Redondo, Agustin. "Del personaje de Don Diego Coronel a una nueva interpretación de "El Buscón". *Actas del V Congreso Internacional de Hispanistas*, II, Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos, (Université de Bordeaux III), Burdeos, 1977. 699-711.
- Shipley, George A. "Otras cosillas que no digo": Lazarillo's Dirty Sex." Giancarlo Maiorino (ed.). *The Picaresque Tradition and Displacement*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1996, 40-65.